

www.elboomeran.com



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

ENTRE LOS ARCHIVOS DEL DISTRITO KENNETH BERNARD

Traducción de Carmen Torres García

Índice

| | |
|-------------------------------|-----|
| Explicación | 13 |
| Esperando a la señora Slotnik | 17 |
| Franqueo | 25 |
| Deporte | 31 |
| El señor M. | 41 |
| De bancos | 49 |
| Feria ambulante | 61 |
| Supermercado | 69 |
| Jiri | 89 |
| El club funerario | 99 |
| Microbia | 131 |
| La guerra de los Pingüinos | 151 |
| Presagios | 165 |
| Compañero | 181 |
| Refugio | 189 |
| Fragmentos | 203 |

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2012
TÍTULO ORIGINAL: *From the District File*

© Kenneth Bernard, 1992
© de la traducción, Carmen Torres García, 2011
© Errata naturae editores, 2011
C/ Río Uruguay, 7, bajo C
28018 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: xxxxxxxx
DEPÓSITO LEGAL: xxxxxxxx
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)
ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA: David Sánchez
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Para mi esposa Elaine

EXPLICACIÓN

He decidido que, para distraerme, voy a dejar constancia de algunas impresiones generales de mi vida. No es únicamente que, de pronto, me sienta solo, sino que, en los últimos tiempos, se han producido uno o dos acontecimientos que me han alterado. También me han hecho reflexionar sobre cosas cotidianas. Supongo que vivir solo no me sienta bien, y hacerme viejo, tampoco. Las pocas distracciones que tuve algún día ya no me satisfacen. Ahora veo a la gente de otra manera. En una etapa de mi vida en que debería estar ganando en serenidad, me siento cada vez más inquieto. No estoy a gusto con mi edad. Además, me acecha el miedo recurrente de que voy a cometer una auténtica locura, una temeridad. Me preocupo demasiado por mis órganos y voy alternando entre periodos

de silencios prolongados y repentina verborrea. De ahí esta nueva empresa, que requerirá perseverancia y organización moderadas por mi parte y que me permitirá autoanalizarme sin caer en la morbosidad. Durante un tiempo, pensé que un animal podría servir para tal propósito. Luego pensé en una pipa, en tabaco aromático. Al final, me planteé practicar deporte, hacer ejercicio con regularidad. Sin embargo, ninguna de estas opciones estaba en verdadera consonancia con mi carácter. Escribir unas cuantas notas sí lo está, siempre que no me venga impuesto ni implique demasiada disciplina. Siempre que sea cuando y donde el cuerpo me lo pida. Creo que preferiría pintar o componer música, pues son actividades más intensas y directas, pero no tengo talento para ellas, no disfruto aprendiendo y no podría, en cualquier caso, ni costearme los materiales ni dedicarles el tiempo necesario. Además, también tienen sus pegas. Alguien me vería, alguien me oiría. Aunque me queje, hay algo en mí que reclama privacidad. Tal vez ésa no sea exactamente la palabra. Existe una intransigencia en mi interior, una acritud de carácter, que pide respeto a la vez que transmite la advertencia: «¡Fuera!». Mi espacio privado, como el cuerpo de un leproso, ha ido reduciéndose con el paso de los años. De un modo u otro, he sido descubierto, la podredumbre me ha invadido y colonizado. Lo que ansío ahora es regenerarme, rescatar

un pequeño territorio en mí y devolverlo a su estado original, salvaje y rebosante de vida, anexionarlo a los menguantes dominios que aún poseo. Tal vez si logro hacer esto, aunque sea de forma dispersa, sin correr riesgos innecesarios, esté aún a tiempo de crear una verdadera nación de mí mismo. Sería una reconquista heroica, aunque completamente silenciosa, que me permitiría mirar a la muerte cara a cara con una sonrisa en los labios. Por el momento, no colocaré banderas ni estandartes brillantes, no pronunciaré discursos grandilocuentes. Sencillamente, velaré por mi salud, dosificaré mis fuerzas y cultivaré como un ratón la astucia y la observación. Pequeños secretos sin consecuencias y, no obstante, de vital importancia. Estoy súbitamente convencido de que ésta es la única forma de abrirse camino por el laberinto. Sí, en este preciso momento, el aire huele más dulce y mis pulmones se hinchan, aunque no estén listos para expeler palabras.

ESPERANDO A LA SEÑORA SLOTNIK

Me encontré con la señora Slotnik a tres manzanas de nuestro edificio. Casi se echa a llorar al verme. Tenía moretones en la cara e iba con cierta descompostura en el vestir. «No me queda mucho en este mundo», me dijo. La creí. Lo soltó todo de inmediato. Grodek, el matón del edificio, prácticamente estaba acampando en el vestíbulo. Cada vez que ella entraba o salía, él le pegaba. Al principio se contentaba con burlarse de ella y con ponerle moteles como Bola de Sebo o Bolsa de Pus. Luego, poco después, empezó a darle empujones, bofetadas y puñetazos. La última vez, le sacudió de tal manera que tuvo que permanecer en cama durante dos días. El hambre la hizo salir y esta vez sólo se libró de una buena paliza porque

Grodek estaba distraído con una joven del primer piso llamada Sylvia, de la que se decía que vendía su cuerpo. Aun así, le dio una bofetada en la cara y en el cuello y la zarandeó. Sin embargo, no le propinó ninguna patada ni le golpeó la espalda.

—¿Por qué le hace eso? —le pregunté.

—¿Cree que lo sé? Dice que tengo que irme. ¿Adónde voy a irme? No tengo adónde ir. Él ni siquiera vive en el edificio. ¿Por qué está siempre allí?

—Tal vez por Sylvia —sugerí.

Ella se rio.

—Para ella, él es un cerdo seboso. Lo atormenta con su enorme trasero. Pero él no se rinde. Cree que la conseguirá. Una noche ella no cerrará con llave y él entrará.

Sylvia no me preocupaba, aunque la observara a hurtadillas. La idea de su puerta sin cerrar y de su gran trasero me aguijoneaba. Eso y su acento. A veces, apenas la entendía. No es que me hablara. Cuando le hablaba a otros.

—Venga conmigo —dijo la señora Slotnik—. Ayúdeme.

Mi vacilación resultaba evidente. Me tocó el brazo y me miró cara a cara. Tenía los ojos empañados. Era mayor, pero hubo un tiempo, hace años, en que solía pensar en su cuerpo. No siempre fue una bola de sebo o una bolsa de pus.

—Por favor —añadió.

Yo me encogí de hombros.

—A lo mejor atiende a razones —dije.

Ella soltó una risa socarrona.

—Sí, por supuesto, hay muchas probabilidades...

Dinero, comida y enormes traseros, a eso es a lo que atiende. ¿Dónde vive, de todos modos? ¿Es que no duerme ni va al baño?

Fuimos caminando hasta Michael's, una tienda de comestibles, y ella cogió una botella de leche. Las estanterías estaban vacías y polvorientas. Michael nos observaba detenidamente, sin decir nada. Sólo utilizaba bombillas de cuarenta vatios. Éramos clientes habituales. La señora Slotnik me dio la espalda y se sacó algo de entre las profundidades de la ropa para pagarle. Pensé que tal vez Grodek estuviera intentando sacarle el dinero a tortazo limpio. Se rumoreaba que poseía monedas de oro. Yo no me lo creía. Lo único que le quedaba era la pequeña pensión de su último marido. Y, de vez en cuando, alguien le pedía que le hiciera una tarta. De joven, sus dulces la habían hecho famosa en el barrio. Metió la leche en el bolso y nos marchamos.

—Que tengan un buen día —dijo Michael.

Me arrepentía de haber parecido estar dispuesto a interceder por ella. Yo también le tenía miedo a Grodek. No me gustaba la forma en que me miraba

últimamente, aunque era puntual a la hora de pagar todos mis recibos. ¿Demasiado puntual, tal vez? También había estado intentando mejorar mi caligrafía.

—Escuche —dijo la señora Slotnik—. Un día me está pellizcando el culo y al siguiente me está pegando. ¿Le parece normal? ¿He cambiado de la noche a la mañana? Sólo tengo cincuenta y ocho años.

Yo no dije nada. Tenía la mente puesta en Grodek.

—No limpia, no trabaja. Se limita a holgazanear por ahí. ¿Por qué no se busca otro edificio? —añadió.

Tenía razón. Había algo raro en la forma en que había aparecido de repente, de la nada, en la forma en que holgazaneaba, día y noche, al parecer, como si fuese el dueño del edificio u ostentara algún privilegio especial. Y nadie decía nada, a excepción de Sylvia, que se reía y lo llamaba «cerdo seboso» en dos idiomas. Cuando llegamos, estaba apoyado en el quicio de la puerta. Antes de que yo abriera la boca, sonrió y le dio a la señora Slotnik tal bofetada que a ésta se le salieron los dientes postizos. Ella se apresuró a cogerlos y él se disponía a propinarle una patada cuando interpose peligrosamente mi cuerpo. Fue el único acto que, en aquel momento, podía detenerlo.

—Señor Grodek, ¿no le da vergüenza? —le dije—. No es más que una anciana inofensiva. ¿Por qué la atormenta?

Entonces se giró hacia mí con gran atención. Me pregunté dónde comería para estar tan gordo. Sus ojos, que yo creía pequeños, eran, en realidad, grandes y su mirada, dulce.

—¿Atormentarla? —dijo—. ¿Atormentarla? —Pronunció esa palabra como si fuera extranjera—. ¿Quiere que la deje pasar?

Era, en cualquier caso, una pregunta retórica, pues ella había recogido sus dientes y le había pasado por delante a toda prisa, esperándome a medio camino del primer descansillo de la escalera.

—No tiene sentido —argumenté—. Usted, un hombre fuerte y sano, pegando a una pobre anciana. Así que pensé... al ser usted un hombre sensato, que yo...

Mis palabras se fueron diluyendo. Sonaba ridículo. Me *sentía* ridículo. Me quedaba sin argumentos. Él no decía nada. Tan sólo me miraba como si fuese a comerme. Yo me encogí de hombros e intenté sonreír.

—Que tenga un buen día —dije, y empecé a bordearlo. Él sonrió, juntó los talones de un taconazo e hizo una ampulosa reverencia.

—Es usted todo un caballero, señor —respondió—. De la vieja escuela.

Yo solté una risita ahogada como vaga muestra de reconocimiento fraternal y me dirigí hacia la escalera. Antes de que llegara, sentí una punzada allá donde termina la espalda como ninguna otra que hubiera

sentido jamás. Grodek me había propinado una patada en el trasero de tal forma y en tal punto que sentí subir reverberaciones de dolor hasta la cabeza. La punta de su bota había tocado hueso. Yo salí medio volando, trastabillándome hacia la señora Slotnik —que ya se replegaba— con los ojos llenos de lágrimas, traicionado, humillado, preso de una profunda desesperación. De haber querido, podría haberme matado con una pluma. La señora Slotnik tiró de mí escaleras arriba, lejos de la grosera risotada de Grodek.

—Que tengáis vosotros el buen día —nos gritó—. ¡Bolsa de Pus y Cabeza de Pus!

La señora Slotnik, que vive justo enfrente, al otro lado del rellano, quería que fuera a tomar un vaso de leche caliente con ella.

—No soy tan vieja, no soy tan vieja —murmuraba, agarrándome con firmeza, y haciendo lo mismo con su dentadura.

Baluceé una negativa con el único deseo de estar solo para bajarme los pantalones y evaluar daños. Creo que ella quería abrazarme, darme las gracias de alguna manera, hacerme saber lo mal que se sentía por el lío en que me había metido, pero me dejó marchar, se quedó observándome hasta que cerré mi puerta. Ella tenía sus propias investigaciones que llevar a cabo. Yo me fui al servicio y vomité, sentado en el suelo y abrazado a la taza del váter. Luego me quité

los pantalones y los calzoncillos y me palpé. Entre las piernas había una especie de papilla en lugar de algo duro y sentí escalofríos. Me metí en la cama y me tapé con todas las mantas. A pesar del dolor punzante que sentía en el lugar donde Grodek me había dado la patada, me quedé dormido. Cuando desperté era de noche. Me levanté y fui a buscar un té y una galleta. Dolía a cada paso, pero podía caminar. Me pregunté qué significaba todo aquello. ¿Quién era este tal Grodek para hacer lo que había hecho? ¿Con qué derecho? Fui a orinar y vi que podía, pero con algunos restos de sangre. Bastante normal, pensé, dadas las circunstancias. Volví a meterme en la cama y pensé en Sylvia hasta el amanecer. Luego, dormí durante todo el día y la mitad de la siguiente noche. Seguía habiendo sangre en mi orina. Crucé el rellano y llamé a la puerta de la señora Slotnik. Nadie contestó. Volví a la cama y dormí hasta casi mediodía. Salí de nuevo al rellano. La puerta de la señora Slotnik estaba entornada. Claro que tenía más de cincuenta y ocho años, pensé. Llamé a la puerta. No contestó. La abrí del todo. Su apartamento estaba vacío. Me asomé por la barandilla, no vi a nadie, pero oí el murmullo de voces y un perro que ladraba. Cerré mi puerta y empecé a bajar la escalera, lo cual resultó más doloroso de lo que esperaba. Las voces se fueron elevando. Volví a mi apartamento y me puse a manosear uno de los viejos

juguetes de Jiri. Pensé si no sería mejor esperar a hablar con la señora Slotnik antes de bajar y, así, ejercitar las piernas mientras tanto. Ella estaría al corriente de lo que había pasado, tendría las últimas noticias. Miré de nuevo en su apartamento. Seguía vacío. ¿Se habría mudado? ¿Pero adónde? No tenía adonde ir. En cualquier caso, la esperaría un poco más. Tenía provisiones. No tenía una necesidad imperiosa de bajar y salir. Pero ¿y cuando la tuviese? Un día le había tocado el culo y al día siguiente le había dado una bofetada. ¿Tanto había cambiado ella de la noche a la mañana? ¿Lo habría provocado? Me miré en el espejo. En realidad, me escruté. Salvo por la cara sin afeitarse, parecía el mismo. Y tampoco había necesidad de afeitarse en aquel momento. Podría hacerlo justo antes de salir, cuando la comida comenzase a escasear, en uno o dos días. Eso sería pronto. Ya caminaría mejor. Además, de todas formas, últimamente estaba comiendo menos como parte de mi nuevo programa. Tal vez la señora Slotnik hubiera vuelto para entonces.

FRANQUEO

No suelo enviar muchas cartas. He llegado a esa etapa de la vida en que las facturas son pocas y regulares. La mayoría de ellas la pago en persona, después de caminar una o dos manzanas y esperar una cola. Las colas no me importan, porque siempre me llevo algo para leer. En un tris ya estoy en el mostrador, pago mi factura, doy las gracias y me marcho. En la oficina de correos también hay colas. Sin embargo, como tengo bastante flexibilidad horaria, intento esperar hasta que haya poca gente en la cola antes de ponerme en ella. Ayer vi que no había nadie en la oficina de correos, circunstancia excepcional, porque es una estafeta atendida únicamente por dos personas y una de ellas, por lo general, está ocupada dentro o ha salido para